

Aaaaaaaaaaaaaa, por Alba Dalmau

Umma sale del estudio de Bikram Yoga sudada y con la esterilla enrollada bajo el brazo. Antes se duchaba al acabar la clase, pero últimamente usa unas mallas y unos tops inteligentes que reutilizan el sudor para alimentar el cuerpo con tus propias sales minerales. De camino al coworking de Gus, Umma compra un apio para masticar algo mientras camina. Hoy tienen hora en el ginecólogo para el tercer intento de inseminación artificial y está nerviosa. Cuando Umma entra en el coworking, tanto hombres como mujeres se quedan hipnotizados siguiendo el movimiento de su culo: duro, pequeño y perfecto como una manzana verde. Gus, en cuanto la ve llegar, le dice entre dientes que qué hace llegando tan pronto. Con el tiempo se ha inmunizado a su cuerpo escultural y a la irresistible mirada turquesa que un día lo enamoró. Los dos empiezan a discutir con unos cuchicheos violentos y vibrantes, como dos avispas. La socia de Gus, Zoe, los corta para preguntarle a Umma cuál de los dos packagings le gusta más. Mañana los presentarán al cliente y quiere tener otra opinión. Umma señala la caja de la izquierda y Gus, al verlo, pone los ojos en blanco y dice que no con la cabeza.

Gus se coloca la bandolera, se arregla el pelo pasándose la mano por el tupé engominado, y los dos salen a la calle para tomar un taxi hacia la Teknon. Él aprovecha el trayecto para seguir hablando con Zoe por teléfono y ella entra en Instagram para ver qué ha desayunado esta mañana la influencer californiana que tanto le gusta. El taxista sube el volumen de la radio. Ya hace días que las noticias hablan de un virus que ha provocado la clausura de algunas ciudades chinas, pero ni Umma ni Gus están muy al caso. Dado que en casa no tienen televisión y leer el diario les parece deprimente, viven en una plácida ignorancia. Por ello las palabras del locutor anunciando que a partir de hoy mismo todo el mundo tendrá que quedarse en casa para prevenir contagios y que sólo se podrá salir para las actividades más esenciales, como ir a la farmacia o comprar productos de primera necesidad, los dejan completamente descolocados. No entienden la magnitud de la tragedia; hasta hace unos segundos, todo a su alrededor iba como una seda. Gus, que siempre ha sido rápido de reflejos, le dice al taxista que dé media vuelta inmediatamente hacia el coworking y, a Umma, le da un golpecito en la pierna acompañado de un Lo primero es lo primero, como si eso de ir a por un hijo fuera tan flexible como poder comprar, en cualquier momento, una batidora por Amazon.

Los primeros días de confinamiento son los peores, especialmente viviendo en un loft sin ningún rincón donde esconderse. Cada frase, por banal que sea, desemboca en una guerra verbal que acaba con uno de los dos encerrado en el lavabo, el único lugar donde pueden atrincherarse. Por costumbre, por la mañana se visten de calle y, tanto para comer como para cenar, cocinan platos veganos elaborados para mantener la línea; por la tarde, Umma hace yoga en el comedor y Gus pedalea en la bici estática. Con todo, la sensación es la de vivir veinticuatro horas con el enemigo, y es que el gesto más pequeño de uno, incluso si es con buenas intenciones, enciende enseguida al otro.

Al principio, los cambios son casi imperceptibles: Gus deja de ponerse gomina y la cola de pelo de Umma, que siempre solía llevar perfectamente asida a la cabeza, empieza a estar más floja de lo normal. Si bien los dos primeros días todo apuntaba hacia el desastre, empieza a crearse una tregua de silencio entre los dos. Y como ya casi no hablan, tampoco discuten y, de ese modo, todo va bien. Con el paso de los días, el ambiente se va relajando más y más, hasta llegar al punto que ponerse vaqueros o ir con ropa ajustada por casa les parece una tortura sin sentido, así que la ropa de noche pasa a ser, también, la de día. Lo mismo sucede con el pelo, y tanto los remolinos de él como los rizos de ella, siempre dominados por la tiranía de los geles, las gominas, las mascarillas o las planchas de cabello, van recuperando su forma original. Los hábitos alimentarios,

incomprensiblemente, también empiezan a sufrir algunos cambios. Últimamente, tanto él como ella, veganos convencidos, sienten la necesidad de integrar algo de proteína a su dieta, así que poco a poco incorporan un poco de jamón por aquí y un poco de chorizo por allá. Por su parte, Gus, como lo de las barbas ya le gusta, decide dejársela crecer; y Umma, animada por esa iniciativa liberadora, dice que mientras dure el confinamiento ella tampoco se depilará ni las piernas, ni las axilas ni el pubis. En algún momento de la segunda semana, Gus intenta decir algo a Umma, pero, en vez de palabras, de su boca sale un sonido incomprensible, que recuerda un pequeño gruñido. La barba de Gus crece a una velocidad extraordinaria. En poco más de tres días, la barba se le ha juntado con las patillas y el pelo de la nuca ya es una prolongación de la alfombra de pelo negro que ocupa toda su espalda. Algo similar le sucede a Umma en las piernas, ahora completamente recubiertas de una pelusa negra que se une con la V negra y peluda de su entrepierna. En la siguiente compra, ya casi todo es carne: bistec, entrecot, chuletas, filete... porque a base de fruta y verdura se sienten cada día más débiles. Por la noche, antes de acostarse, en vez de darse las buenas noches, se frotran los mentones el uno con la otra y se lamen los cuerpos mutuamente. En algún punto de la tercera semana, se dan cuenta de que la ropa ya no les hace ninguna falta, como lo más natural del mundo. La capa de pelo que a estas alturas ya les ha recubierto todo el cuerpo es más cómoda que cualquier chándal o batín de seda.

Una mañana, Umma, que siempre es la que se levanta antes de los dos, ve clarísimo que ya no tiene ningún sentido seguir caminando sobre dos piernas cuando lo más natural del mundo es ir a gatas. Gus, al verla, empieza a imitarla sin ni cuestionárselo. A la hora de comer, Gus tira los cubiertos, los platos y los vasos por los aires porque ¿qué sentido tienen si pueden beber directamente del grifo y comerse la carne a mordiscos?

El teletrabajo de los primeros días ya no tiene ningún sentido, porque los teclados de sus portátiles han quedado completamente destrozados por los intentos inútiles de escribir mails con las uñas retráctiles y afiladas que les sobresalen de las manos peludas. Ahora se pasan todo el día jugando con todo lo que encuentran por casa, como la pelota gigante de pilates de Umma, que ayer deshincharon a arañazos; o la espuma y los muelles del sofá que hay derramados por toda la casa. Sin embargo, cuando mejor se lo pasan es copulando. A diferencia de antes del confinamiento, ya no necesitan ninguna previa de vino o velas, porque sólo con que uno olfatee los genitales del otro ya saben qué quieren. Gus se enzarza detrás de Umma y la penetra con una pasión selvática que no es comparable ni al mejor sexo de las primeras citas.

Dos meses después del inicio del confinamiento, Umma se empieza a encontrar mal. Se revuelca por el suelo y se mueve dando pequeños espasmos. Gus, aterrorizado, le lame la cara para decirle que está a su lado, mientras ella aúlla cada vez más y más fuerte. De entre las patas traseras, Gus ve un pequeño morro que sobresale. Umma está expulsando un bicho empapado en sangre, que sale de sus entrañas con las patas dobladas, las orejas puntiagudas y una mirada turquesa irresistible, como la suya.

Esa noche, los tres duermen enroscados en el suelo. Umma lame al pequeño para limpiarlo y Gus, que no entiende si eso que siente es felicidad o, simplemente, puro instinto animal, mira a través del ventanal. En el cielo hay una espléndida luna llena. Sin poder evitarlo, tanto Gus como Umma levantan el morro y gritan al unísono: “Aaaaauuuuuuuuu”.